

DISCURSO LEIDO

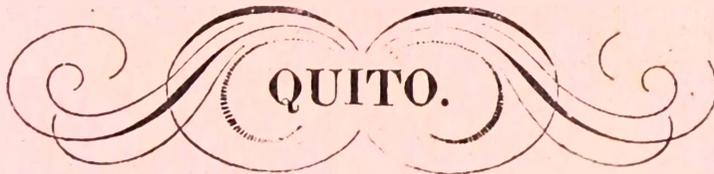
POR EL SEÑOR DON ROBERTO ESPINOSA,

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LAS CLASES

DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO,

EL 1.º DE OCTUBRE DE 1879.



IMPRESA DEL CLERO, POR ISIDORO MIRANDA,

1879.

REPUBLICA DEL ECUADOR.

Secretaría
de la Universidad.

Quito, á 3 de octubre
de 1879.

Señor D. Roberto Espinosa, Profesor sustituto de
lengua inglesa.

Obligada por ley de justicia y gratitud la Junta de gobierno de la Universidad, ha acordado presentar á U. el debido voto de aprobacion y un testimonio de agradecimiento, por el interesante discurso que U. se sirvió leer el dia 1.º de los corrientes, para solemnizar la instauracion de los estudios. Y si las galas del talento, la rectitud de las ideas y la nobleza del designio, realzadas en el discurso por la pulcritud y elegancia de la diction, fueron parte muy principal en aquel acuerdo, lo son tambien en la sincera satisfaccion con que lo comunico á U., seguro de que se dignará recibirlo como galardón honorífico, puesto que deslustrado por el medio que lo trasmite.

Quédome corto en los términos de la merecida alabanza, ora por fundado temor de lastimar á U. en la delicadeza de su modestia, ora porque no harán falta encarecimientos míos á

una obra que, de suyo, se ha granjeado el justo aplauso de los señores profesores de la Universidad, y alcanzará, cuando se publique por la imprenta, como lo ha ordenado la Junta, el de quienes la leyeren con ilustrado criterio.

Sírvase U. aceptar el distinguido aprecio con que me suscribo su muy atento, obsecuente servidor,

J. Modesto Espinosa.



ASUNTO.

Se explican las razones que le han movida á hablar.—De las Universidades; su fundacion y desenvolvimiento; rasgo histórico.—Objeto y fin de estos establecimientos literarios; deben tener vida propia é independiente; ideas é inclinaciones semejantes.—La intrusion de la autoridad política en el campo de la literaria es dañosa y antipática.—Lo que debemos esperar de nuestra Universidad; incitacion á sus profesores.—Cómo deben las universidades contrarrestar los males de la época presente.—Del trabajo intelectual como condicion indispensable para la regeneracion social y el adelantamiento de las ciencias.—El triunfo de la verdad, que perfeccionará la condicion moral y social del hombre, estriba en las conquistas de la libertad cristiana.—Exhortacion á la juventud.

DISCURSO

leido por el señor don Roberto Espinosa, en la solemne
apertura de las clases de la Universidad de Quito, el 1º de
octubre de 1879.

Señores:

Usanza suele ser harto comun, en escritos á éste semejantes, y en ocasiones como la presente, comenzar ponderando la insuficiencia del que habla y la magnitud del deber que se le ha impuesto. Mas yo, Señores, quiero en esta vez excusar semejante obligado exordio: y así lo quiero, sin afectar extremos de falsa modestia ni impertinente descoco, ya que nunca puede estar en tela de juicio la falta de merecimientos de quien, sin autoridad ninguna, va á enderezaros sus mal concertadas ideas. Declaro que el hecho de presentarme en esta tribuna me cuesta uno como sacrificio; pero la respetable Junta universitaria, franqueándome la entrada á este sacro recinto, ordenóme que hablase, y hube de obedecer; que nunca está bien rehuir en presencia de un deber ineludible, aun á riesgo de defraudar esperanzas quizá infundadas; y por mí, no lo dudeis, Señores, que serán las vuestras frustradas. Pero la persuasión de que en torno mío sólo contemplo amigos, que no duros fiscales, me estimula y alienta. Así, para resolverme, conté con vuestra indulgencia, que ella suele ser la compañera fiel de la que en vosotros reconozco y acato verdadera superioridad. No, sino, ¿qué autoridad y valía pudiera tener la indocta voz de quien mérito ninguno sabría ante vosotros alegar? ¡Ah, Señores! las contrariedades y desdichas de la existencia han casi apagado mi voz, y puéstome, ántes de tiempo, en el rápido descenso de la vida. Gran fortaleza se há menester para encubrir con la serenidad del rostro los azares que nos afligen; para sofocar, á las veces, con risas nuestras lágrimas; para sostener, á fuerza de energía y de teson, el puesto en que á la Providencia plúgole colocarnos. ¿No es verdad, Señores, (y algunos de vosotros podeis acaso atestiguar con vuestra propia experiencia) que la sensibilidad es el peor verdugo de la terrenal vida del hombre?

Pero repito, Señores, vuestra generosa benevolencia me da aliento para discurrir sobre algun tema literario; benevolencia que nunca me la podeis excusar, que motivos para merecerla sobrado los tengo.—En aquellos escaños contemplo á los que fueron mis maestros y mis guías, allá en mejores años, y á donde dirijo la vista me encuentro con amigos rostros.

En la perplejidad en que me hallaba por ver de dar con el argumento adecuado á mi discurso, resolvíme por fin á entretener vuestra atencion por unos momentos, discurrendo acerca de las universidades literarias, tema que harto bien se compadece con la solemnidad presente, con ánimo de comprobar, que cuando estos santuarios de la ciencia están bien organizados y dirigidos, como el nuestro, son el fundamento más seguro de la prosperidad y ventura del Estado. Os hablaré tambien del trabajo intelectual, como indispensable antecedente para alcanzar los secretos de la ciencia por muchos ignorados. Por lo expuesto comprenderéis que mis ideas no podrán acomodarse á una tésis circunscrita ni determinada, y que no entra en parte de mi intento el llamar á juicio á los vários ramos del saber que aquí se enseñan; para ello habría menester conocimientos de que carezco y de mayor espacio de tiempo que el que me ha dejado el tráfago constante de mis diarias ingratas ocupaciones. Así, no será mi intento aleccionar, que harto menesteroso y flaco soy de ciencia. ¿Ni cómo resolverme á ello, cuando en torno mío (y me complazco en repetirlo) contemplo á los que son y á los que pueden dignamente ser maestros, de quienes seguiré recibiendo agradecido útiles lecciones y consejos saludables?

Las universidades fueron fundadas por el catolicismo, desde siglos remotos, para guiar á los hombres al cabal conocimiento de la verdad, amaestrarlos en la práctica de las cristianas virtudes y, por este medio, llevarlos á la posesion perdurable de la verdadera felicidad. La historia nos enseña que el origen de estos establecimientos literarios, arranca desde el siglo XII de nuestra éra; pero es fama, y autores hay que lo sostienen, que la Universidad de Paris data desde la época de Carlomagno. A este gran centro de enseñanza, *hija primogénita de los reyes de Francia*, como la llamó Cárlos V, trataron luégo de imitar, hasta en el nombre, todas las naciones europeas. La palabra UNIVERSITAS, en su recto sentido, se aplicaba, como hasta hoy, á una gran congregacion de maestros y de discípulos: *universitas magistrorum et auditorum*. Lo que al presente se llama BARRIO LATINO en aquella gran capital, se denominaba en pasados siglos barrio de la Universidad, y desde aquellos tiempos formaron, los que le frecuentaban, una como república independiente, y altiva y bulliciosa, como es hoy en día. Fué tal y tan grande la nombradía que alcanzó la de Paris, que afluian á sus claustros muchos esclarecidos extranjeros; entre otros se cuentan Alberto el Grande, el escocés Duns Scott, el español Raimundo Lulio, el inglés Rogerio Bacon y los italianos Dante y Bruneto Latini. Pero Napoleon I, esa inteligencia pujante y creadora, dió, con la ley de 10 de mayo de 1806, la más atinada y conveniente organizacion á la instruccion que en aquélla se daba; obra que despues quedó perfeccionada por los esfuerzos de los ilustres ingénios, Cuvier y Royer Collard. (1)

(1) Las universidades, dice Quintana, son como los eslabones que en el inmenso vacío y lobreguez de la edad média, enlazan la civilizacion antigua con la ilustracion moderna; como monumentos que comprueban, aún en medio de aquellos tiempos feroces, el homenaje que el valor y el poderío tributaban al saber y á la razon; en fin, como la gradiería que, aunque informe, ha servido de punto de apoyo al ingenio para desplegar sus alas y alzar el vuelo tan alto en las regiones de la sabiduria y de los descubrimientos.

Para mí tengo, Señores, que ni las contiendas y disputas de la plaza pública, ni las políticas facciones, ni el encarnizamiento de los partidos, que tanto caracterizan la dura condicion de nuestros tiempos, deben tener cabida ni asiento en estos augustos penetrales, donde siempre deberá reinar una majestuosa serenidad. La virtud y la ciencia son púdicas y delicadas vírgenes que velan el rostro y se esconden amedrentadas cuando acentos destemplados asordan su morada. Aquí, Señores, operarse debe una verdadera fraternidad entre vosotros, siendo una misma inclinacion la que os atraiga y congregate, os enfervorice y hermane; una misma ambicion, pero noble y subidísima, la que os estimule y aliente, y, si ser puede, unas mismas ideas, y gustos y opiniones los que en vuestra mente y corazon imperen; porque sin unidad no hay concierto, ni orden ni permanencia, así en el mundo moral como en el físico. Quiero acabar mi frase valiéndome de las palabras de un buen escritor.—“Aquí no dicta sus leyes la fuerza, dice, hablando de los establecimientos literarios, que no se manejan otras armas que las de la persuasion y del convencimiento; aquí el amor del Cuerpo es el de la humanidad. ni se da por precio la beneficencia.”

Nuestra Universidad há menester, como todo cuerpo literario, vivir vida propia é independiente, con sus propios recursos y su libre y absoluta autoridad en las altas regiones de la ciencia; sin que deje de ser por ello deber imperioso del Estado atender con gran solicitud á su adelantamiento y conservacion, pero sin intervencion directa en el régimen, constitucion y disciplina de la Corporacion (1). Hé allí el importante objeto á que debemos todos aspirar; hé allí el camino más fácil para dar á nuestro Cuerpo literario mayor prestigio y nombradía. Un hábil político, á la par que profundo literato (2), despues de probar la fundamental antinomia que existe en los principios y medios de las dos autoridades, la política y la literaria, concluye con este notable rasgo.—“Síguese de aquí, que en la alta esfera de la teoría, no ya su confusion, pero aun la intrusion, aun la mera invasion de la una autoridad en el campo de la otra, sea á la vez antipática á su índole respectiva, mortal para las dos, y contraria á la naturaleza de las cosas.” Haced, Señores, siquiera una mental aplicacion de este principio, concretándolo á nuestra Universidad, y luego al punto confirmaréis la verdad que aquí encierra.

No há todavía un año que, desde esta misma tribuna, presagiaba una voz simpática y varonil, parando la consideracion en vuestras virtudes, ciencia y patriotismo, que, á vueltas de pocos años, se habría restituido á este Establecimiento su antiguo renombre. Grato, muy grato me es declarar en este momento, que aquel feliz pronóstico va realizándose con sorprendente anticipacion. Prueba de ello, Señores, los últimos espléndidos actos literarios que aquí se han dado públicamente y que con todas véras hemos aplaudido.

(1) Mr. Thiers, en uno de sus elocuentes discursos parlamentarios, dice:—“No nos figuremos al Estado como un poder cuyas tendencias políticas se combaten en este momento, y á quien se rehusan afecciones. Preciso es ver en el Estado al Estado mismo, esto es, al conjunto de todos los ciudadanos, no tan sólamente los que son, sino los que han sido y los que serán, en una palabra, la nacion, con su pasado y su porvenir, con su génio, su gloria y su destino. Cuando el Estado representa estas cosas; cuando representa en la antigüedad Roma, en los tiempos modernos Francia, Inglaterra ó Prusia, tiene derecho de querer que se haga del niño un ciudadano que, amando las leyes, ame el país y contribuya á la grandeza y á la prosperidad nacionales. Negar esto seria negar los derechos de la patria sobre sus ciudadanos.”

(2) D. Antonio de los Rios y Rosae.

Sazon es esta, Señores profesores, de que, á modo de estímulo, me valga de elocuentes palabras, como escritas, al parecer, para vosotros en los tiempos actuales.—*No sean parte á entibiar el ardor de vuestro celo las dolorosas turbulencias en que todos somos actores, víctimas y testigos; porque los grandes períodos de movimiento intelectual y de auge literario, ó coinciden con ellas, ó vienen en seguida de las revoluciones. Y las cuitas, y amarguras, y pruebas, y desengaños, que son su triste cortejo, son tambien acicate á las almas de temple. Así, con el saber que os recomienda, con el celo afanoso que os distingue, y penetrados de la magnitud de la empresa que nuestra sociedad os ha encomendado, seguiréis cumpliendo, sin desmayar, los ingratos y difíciles deberes anexos al magisterio.*

En medio del afan tumultuoso y de la avidez insaciable con que hoy se busca la riqueza como único fin del hombre; al través de la indiferencia y el olvido en que se tiene á la virtud en los revueltos tiempos que corren; en medio, finalmente, del frenesí revolucionario con que al presente se hace cruda implacable guerra á la propiedad y al derecho, á la gobernacion y al altar, deben las universidades católicas, como es la nuestra, contrarestar la invasion de tamaño mal, enseñando, ántes que otras ciencias, el código de la moral cristiana que, por dicha, se auna y fraterniza con todos los ramos del saber humano. No se os esconderá, Señores, que en ella estriba toda sólida y conveniente educacion, y que tan sólo de ella puede prometerse la patria una juventud llena de virtudes y de entusiasmo, de valor y de grandeza, de abnegacion, de virilidad y de amor patrio. Ese código divino os enseñará, oh jóvenes, á ser verdaderamente libres, conociendo vuestros derechos y cumpliendo vuestros deberes; y la libertad, (que sólo es deseada y querida por muchos cuando tiene algo de exceso y de licencia) jamás será escarnecida por vuestros lábios ni afrentada con vuestras obras, porque hartos sabeis que

*No hay libertad do la virtud no manda,
Ni ciencia ni doctrina sin verdad.*

Para que la civilizacion adelantára, con andar lento y trabajoso afan, hasta llegar á la altura en que hoy la contemplamos; para que se realizára la regeneracion del mundo intelectual, necesario ha sido que hombres privilegiados con levantado ingenio sorprendieran los arcanos que la humanidad ignoraba, y, apartados del mundo y con mente abstraída, alcanzáran lo que éste nunca sabría revelarles. La comunicacion beatífica con los génius divinales, que traen á nuestro oido los misterios y secretos por muchos ignorados, se opera únicamente en la soledad y el silencio, en el perseverante trabajo y la abstraccion: que sólo á trueco de tamaños sacrificios y á costa de la consagracion absoluta de la vida del hombre, nos han llegado las verdades primitivas de la ciencia y sus múltiples y sorprendentes aplicaciones. Allí están, para confirmar mi asercion, el aislamiento, y la paciencia y la austeridad ascética de los claustros; allí tambien las solitarias y contínuas meditaciones de los filósofos.

Pero no place al Cielo otorgar con fácil mano las raras dotes de ingenio peregrino. Señores, triste y doloroso es confesar, que el

mundo se compone, en la mayor parte, no tan sólo de medianías, pero de vulgaridades, que en inmensa atropellada muchedumbre, corren á sepultarse día á día en el eterno olvido de las tumbas. Pero en cambio (y veid aquí la inexorable ley de las compensaciones) no tocaron las tristes realidades de la vida, ni experimentaron los grandes infortunios y dolores que acompañan á los séres superiores que, muy de tarde en tarde, aparecen en la escena del mundo. “Si es verdad que el ciego de Esmirna mendigaba su pan de los pueblos á quienes contaba las hazañas de sus héroes, dice un escritor moderno, con mayor certeza sabemos que los más esclarecidos entre los Homeros de la nueva edad heroica, compraron su corona de inmortalidad al triste precio de morir mendigos. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos; repasando el glorioso catálogo de los hombres que, así en lo antiguo como en lo moderno, representan á los arquitectos y directores de la grande obra; registrando las páginas de aquel libro de oro que empieza en Homero para concluir en Cervántes, que alcanza desde Esquilo á Calderon, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant y desde San Pablo á Bossuet, apénas si nos es dado preguntar con intencion de duda, si fuera de la congregacion de la vida es general condicion la medianía, si fuera de la dedicacion exclusiva hay puesto para la gloria. La respuesta que nos dan las generaciones pasadas, no es en verdad demasiadamente lisonjera para los que se atrevan á creer con presuncion orgullosa, que se pueden servir á un tiempo los altares de la ambicion y los de la ciencia, y que el mismo carro con que el mundo pasea en triunfo á los héroes del poder, sirve para volar sobre los siglos á través del éter de los cielos. “Pero, Señores; tal resultado necesario, que en sí lleva altísimos fines, no debe desalentarnos. El trabajo, como ley general de la humanidad, al propio tiempo que es uno á manera de castigo, tiene sus recompensas y fruiciones, y de aquí que con harta razon se haya dicho, que el trabajo santifica al hombre, bien así como la beneficencia le aproxima á la divinidad.

El hombre nació para la vida activa; su ocupacion más digna y meritoria será siempre darse á la continúa á intelectuales lucubraciones que, iluminando su espíritu, le lleven á entrever sus futuros magníficos destinos. Ciceron llamaba á aquellas ocupaciones pan de la juventud, regalo de la vejez, ornamento en las prosperidades y puerto y consuelo en los infortunios.

Contribuyamos, Señores, al triunfo de la verdad con entera fé en el porvenir y con subidísimas ascensiones de corazon. El imperio del error es transitorio, desde que la ley general que al mundo rige es el bien y la verdad; ántes que la historia y la experiencia así nos lo comprueben, hay un sentimiento íntimo, nacido de la propia conciencia, que nos demuestra semejante verdad. Huyamos de ese moderno filosofismo, descreido y material, inconsistente y orgulloso que, cuando no va á parar en el crimen, da luego en el exceso del escándalo. Quizá no registra la historia época de más encontradas opiniones y tendencias que esta que corremos en el adelantado siglo XIX. Aquí levantaron tronos, y han de sobresalto desaparecido volcados por la furia popular; allá, con escándalo inaudito, se ha negado á Dios, declarando desierto el cielo, erigiendo altares á la razon humana y dictando sentencias de muerte contra toda autoridad legítima, contra todo sistema de orden establecido. Pero las turbulencias políticas y las desampoderadas ambiciones, los desvaríos de la razon y los extravíos de los

pueblos, pasarán con su triste cortejo de males é infortunios, y en su lugar se asentará firme y permanente el órden de la justicia y el reinado de la virtud. Y cuando esto afirmo, con entera fé en lo porvenir, no se me esconde que á muchos será récio de creer, y que, dando en rostro á algunos de mis oyentes, se me llamará *pietista*; pero sea en buen hora, Señores, que yo, para propia satisfaccion mia, recuerdo complacido esta sentencia de un pensador moderno.—“La perfeccion moral del hombre y la mejora continúa de su condicion social, es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiracion.” Sí, Señores, porque la humanidad camina siempre, si bien trabajosamente, en pos de esta perfeccion real; porque las conquistas de la libertad cristiana al fin alcanzarán, despues de rudos combates, la destruccion del mal; y la santa verdad y la augusta libertad formarán uno á modo de consorcio estrecho y amoroso, cual nunca vieron los pasados siglos; y día llegará, Señores, y no se tardará, en que las aspiraciones del hombre hácia aquella perfeccion sean una realidad; en que el reinado de la justicia, de la fraternidad y del amor descienda á poner fin á las que, hasta hoy deploramos, tribulaciones y desdichas de las naciones. *Se conocerá que sois mis discípulos, si os amais unos á otros*; ved aquí en estas divinas palabras la síntesis de la perfectibilidad humana á que llegaremos en el girar continuo de los siglos.

Jóvenes, para quienes el sol de la esperanza plácido irradia en los horizontes del porvenir; jóvenes, en quienes vive y alienta la fé profunda y el amor ferviente, los nobles subidísimos anhelos, los arranques generosos de entusiasmo y abnegacion! no olvidéis que *los caminos de la perfeccion literaria no se hallan en las veredas de la tierra*; las excelencias del Sér creador, los hechizos de la naturaleza y los destinos de la humanidad en el correr incesante de los tiempos, serán siempre digno asunto á los vuelos de vuestra imaginacion. ¡Dichosa, sobre toda ponderacion, la república que cuente con juventud instruida y virtuosa, porque de ella depende el firme apoyo de las saludables instituciones, y será su antemural y su guarda; porque esta juventud es la llave del porvenir, y la esperanza y la corona del Estado! Dichosa mi patria, oh jóvenes que me escuchais, porque os cuenta en el número de sus mejores hijos! Yo que he salido ya, con mal encubierto disgusto, de la risueña época de la vida en la cual vosotros os hallais, quiero, al daros mi sentido adios, unir un voto y una súplica.—Ya lo veis: nosotros vamos pasando empujados, mal nuestro grado, por la corriente destructora del tiempo. Bien pronto quedarán vacíos nuestros puestos en el dulce hogar de la familia y en la mudable escena de la vida pública. ¿Quiénes serán los llamados á ocuparlos? Seréis vosotros, mis jóvenes compatriotas. Cobrad, si dable fuere, nuevos bríos para rematar la obra comenzada. Los espléndidos públicos testimonios de adelantamiento que habeis dado, en el corto tiempo corrido desde que se restauró á su antiguo sér este asilo de la ciencia, nos hacen esperar frutos más abundantes y sazonados de las enseñanzas que, en el nuevo año escolar, vais desde hoy á recibir. Creedme, la cristiana y sólida educacion de la juventud, ha sido siempre y donde quiera la tema de mi vida, el más encendido anhelo de mi corazon; plegue al Cielo que nunca os desvieis de la luminosa senda que ella os traza. Y para cuando hayais alcanzado palmas y coronas como honrados, como eruditos, como virtuosos, pido al Cielo desde hoy sólo una gracia: que aplaudir me conceda vuestros triunfos.

He dicho.